

LA AGONÍA DE LA CONVIVENCIA

Violencia política, historia y memoria

ANDRÉS ESTEFANE
GONZALO BUSTAMANTE
[COMPILADORES]

 
UNIVERSIDAD ADOLFO IBÁÑEZ
ESCUELA DE GOBIERNO


RiL editores

MEMORIAS EN DISPUTA:
CONSENSO FÁCTICO
Y LUCHA DE CONTENIDOS

Manuel Antonio Garretón

Muchas gracias a los organizadores, a las universidades y a todos los que han participado en la preparación de este encuentro, que me parece extremadamente significativo y del cual me siento honrado en participar.

Cinco puntos, cinco reflexiones para no repetir cosas que uno ya ha escrito, para no repetir su propia casete, sobre cuestiones que encuentro complejas y sobre las que no sé si tengo una solución.

La primera de ellas es el concepto, o la idea, digamos, de la memoria. Un análisis conceptual debiera hacer ciertas distinciones. Una cosa es la memoria como la elaboración que un sujeto hace sobre hechos del pasado, elaboración que se hace siempre desde el presente y que tiene una cantidad de funciones, funciones performativas, cognitivas. Pero más que meternos en esos análisis, partamos haciendo la distinción entre lo que son las memorias individuales o memorias particulares y la memoria colectiva. Las memorias particulares se refieren a memorias que tiene cierto grupo de ciertas cosas que le atañen solo a ellos, y que son importantes, o no importantes, pero para ellos. La memoria colectiva es la que atañe al conjunto de una sociedad. Esa memoria, la colectiva, puede ser compartida o segmentada. Entonces uno podría decir que las memorias particulares son un segmento de la memoria colectiva. Pero no, cuando hablo de memorias particulares, es aquello que ciertos sectores de la sociedad recuerdan y que no tiene que ver con lo que recuerdan

otros; en cambio, la memoria colectiva puede ser compartida. Iniciamos nuestro acto de independencia el día 18 de septiembre, que fue exactamente el día que declaramos nuestra dependencia del rey de España, pero en fin, forma parte de la memoria compartida, porque todos sabemos que ahí no comienza la Independencia, pero es una memoria colectiva compartida; en cambio, en la memoria colectiva segmentada, sobre mismos ejes se tienen elaboraciones o interpretaciones distintas, memorias divididas, memorias desgarradas. Después tenemos el tema de la memoria oficial, que es una forma de memoria compartida que está de algún modo institucionalizada, aunque pueda haber memorias sectoriales que sobre ese mismo hecho tengan otra visión. Es oficial que hubo una crisis política entre 1970 y 1973; la manera como eso se elabore es distinta, pero hay una cierta memoria oficial. Y por último la idea de que en las sociedades, en general, las memorias no compartidas o las memorias segmentadas tienen que ver con memorias vencedoras y memorias derrotadas o, como dirían los estudios culturales, memorias subalternas o subordinadas.

Dicho esto, una segunda idea es que el adversario, el enemigo principal de la memoria no es el olvido. Esa es una cuestión fundamental que uno ha ido aprendiendo, porque probablemente hace dos años yo habría dicho lo contrario, habría dicho «la memoria lucha contra el olvido». No, el olvido es parte de la memoria. No hay memoria que no tenga olvido, salvo la de Funes el memorioso. Pero la memoria, lo que llamamos memoria, es en parte Memoria con mayúscula, en parte memoria con minúscula, o recuerdo y olvido. Y eso es una cuestión, a mi juicio, fundamental. ¿Por qué? Porque en las memorias compartidas o en las memorias colectivas no compartidas o desgarradas, mi memoria, mi recuerdo, es el olvido del otro. El otro olvida lo que yo recuerdo. Entonces, cuando yo luché contra el olvido por los crímenes cometidos bajo la dictadura, no estoy luchando contra el olvido, estoy luchando contra otro que tiene una memoria en la cual ese elemento está olvidado. No luché contra el olvido, luché contra la memoria del otro, un otro que incorpora como olvido ese evento para mí importante; y a su vez, él lucha contra mí, porque yo, si estoy recordando las violaciones

de los derechos humanos, me olvidé de lo que a él le importa, pues probablemente le quitaron el fundo y otras cosas. Entonces, es muy importante tener en cuenta esta idea, que puede ser banal, pero que para mi reflexión es importante: no luchamos contra el olvido, luchamos contra la memoria de otros que olvidan aquello que es parte, eje importante o esencial de nuestra memoria. Memoria y olvido son partes de la memoria, y por lo tanto todas las memorias, las segmentadas, las compartidas, todas a las cuales me he referido, tienen un componente de olvido. ¿Y cuál es el componente de olvido que hay ahí? El que la memoria vencedora logró imponer.

Mi tercera reflexión, proto-sociológica si ustedes quieren, para no atribuirnos un carácter científico en esta materia, tiene que ver con el título de mi ponencia: consenso fáctico y memorias en disputa. De la reflexión anterior uno puede decir: «mire, en el caso chileno no es cierto que haya quienes están por borrar la memoria, unos que están por el olvido y otros que están por defender la memoria». Estamos en presencia de memorias en disputa, pero a partir de un hecho, y es que todos defienden, desarrollan, viven, tienen una memoria. Está el consenso fáctico de no olvidar, de mantener en la memoria ciertas cosas, solo que lo que se quiere mantener es distinto para unos y otros. Este concepto de memorias en disputa es extremadamente importante cuando tomamos ciertos hitos claves de los últimos tiempos, por ejemplo, la memoria del período de la Unidad Popular. Obviamente, no hay nadie que haya olvidado el período de la Unidad Popular, solo que se ha incorporado con memorias antagónicas. Hay una memoria que tiene la derecha chilena de los crímenes cometidos bajo la dictadura; por supuesto que tiene una memoria, que consiste en el olvido de ello. De ahí la afirmación de que el régimen militar salvó la sociedad chilena, la nacionalidad que estaba en conflicto, y que incluso que salvó la democracia. Hay también una memoria del plebiscito. Cuento, a propósito, una anécdota que me ocurrió en el último tiempo. Escribí unas líneas sobre una película tergiversadora y mentirosa de lo que fue el plebiscito del No, que se llama No, con el título «Es la basura ideológica más grande que he visto». Un poco exagerado, pero es una basura ideológica,

eso sin duda. Ahora, fíjense en la complejidad del asunto. Considero que esa película tergiversa enteramente la realidad histórica. Alguien dirá «es ficción», pero la ficción no tiene por función tergiversar y mentir sobre la realidad; usted no puede hacer una novela sobre lo que ocurría en Alemania en los años 40 y negar que hubiera campos de concentración. Aquí, como ustedes saben, lo que se inventa es una cierta historia. ¿Para qué? Para mostrar que son las técnicas de los medios de comunicación y los publicistas que las manejan los que hicieron ganar al No, o sea que el Sí y el No eran lo mismo, que unos eran más inteligentes que otros, unos eran más modernos que otros, y ganaron, y lo que hizo ganar al No fue precisamente esta mayor inteligencia y este mayor manejo de las técnicas. Y para eso tiene que venir alguien de afuera, el *cowboy*, que llega en un *skate* y se pelea con todos, incluso con su señora, porque va a enfrentar la causa donde sus propios partidarios son los principales enemigos, porque son los viejos, los antiguos, que no entienden que él trae el grial o el agua bendita. Entonces escribo esto diciendo que aquí hay tergiversación, por lo tanto mi memoria de los hechos está enteramente en disputa con la memoria de ellos, de los que hacen la película, que por supuesto comparten conmigo el que nos gustó la franja, nos gustó el No y estábamos felices del triunfo del plebiscito. Pero tenemos memorias enteramente distintas de ello.

Esto es simplemente para ilustrar este tema de las memorias en disputa, es decir, que no hay lo que se ha llamado *una* memoria emblemática, sino que, por ejemplo en Chile, hay varias memorias emblemáticas dependiendo de las generaciones. Sobre las memorias emblemáticas, lo que siempre hay es disputa y todo el problema, entonces, es cómo una memoria vence, convence a la otra sin avasallarla, con la excepción que indicaremos, de tal manera que se evite el refugio en un elemento fundamental de la memoria, que es la revancha o la venganza. En ese sentido, hay un complejo y delicado equilibrio en el que ciertas cosas deben convertirse en memoria oficial. Por ejemplo, las cosas que tienen que ver con la vida y la muerte. Países serios como Alemania, Austria, incluso España, tienen declaraciones en que se condena el fascismo o el período del

franquismo, lo que en algunos casos va acompañado de sanciones a quienes defiendan esos regímenes; tampoco se permite que la gente que violó o participó en las violaciones de derechos humanos y no pidió perdón, ejerza cargos públicos o tenga derechos políticos. Es decir, hay ciertos elementos de la memoria de los otros que sí deben ser suprimidos o eliminados de su carácter público. El problema es dónde tirar la raya, y en ese sentido lo clave es la construcción de un núcleo ético que permita las diferencias y las interpretaciones particulares, pero que no acepte que se viole ese núcleo ético, de palabra o de acción, en términos públicos.

El tema de las memorias en disputa, cuarta reflexión, tiene que ver con otra cuestión que dejo planteada: cada generación —y las generaciones no son necesariamente cortes de edad, porque en una misma generación uno puede decir que hay más de una generación cuando se tienen disputas por posiciones y visiones antagónicas— tiende a poseer una memoria emblemática, lo que quiere decir que hay un hito fundamental. Ahora, sobre ese hito puede no haber acuerdo, pero es la memoria de esa generación, también en disputa. Pongo un ejemplo. Mi generación, hasta un cierto momento, hasta los años 70, era la generación cuya memoria era la Reforma Universitaria, y por supuesto coexistía con la generación de Jaime Guzmán, solo que con contenidos distintos. Lo interesante es que las generaciones nuevas, las generaciones como las nuestras, van sumando memorias emblemáticas y contenidos de memorias emblemáticas; o sea, tengo una memoria de las violaciones de los derechos humanos y de la dictadura y de la transición, porque la memoria que yo tenía de lo que pasó el 60 era tal, o la del golpe era tal. Es decir, los distintos ejes emblemáticos se van amalgamando, reconfigurando. En el caso de las memorias de las nuevas generaciones, tengo la impresión que esta generación se va a definir fundamentalmente en términos del período 2006-2011, de lo que fueron las grandes movilizaciones estudiantiles, la de la educación secundaria, de los pingüinos, y la de 2011. Se van a definir básicamente en torno a eso, a favor o en contra. Sin embargo, también tienen una memoria, adquirida de los otros, de los ejes anteriores;

pero no es porque lo vivieron, tienen una memoria de lo no vivido. La historia, diría García Márquez, no es lo que se ha vivido, sino el modo como se cuenta. Entonces tienen un relato que es como si hubieran visto los acontecimientos, pero lo que vieron fue el relato, y sobre ese relato las memorias son distintas. Ellos reconstruyen ese relato y a su vez ese relato se modifica cuando aparece una memoria emblemática. Probablemente ellos tenían en su memoria inconsciente las toma del 67, con «*El Mercurio* miente», y sentían también ser los jóvenes en la lucha contra la dictadura. Todo eso se acumulaba en su acción¹.

Última reflexión. Me atrevería a pensar que la sociedad chilena tiene tres grandes llagas o hitos fundacionales. Tres grandes hitos fundacionales sobre los cuáles hay una mezcla de memorias oficiales, memorias compartidas, memorias segmentadas, memorias vencedoras, memorias derrotadas. ¿Cuáles son los tres grandes hitos constitutivos de la nación hoy? Las tres grandes llagas que tiene la sociedad chilena son a partir de intervenciones militares, o del Estado si ustedes quieren, pero del Estado en su forma militar. Una es el tema mapuche, que básicamente es una acción militar del Estado contra lo que los españoles habían pactado antes de retirarse definitivamente del sur del Biobío. Esa es una llaga no resuelta, que por supuesto tiene memorias vividas de distintas maneras, porque quienes honestamente compraron tierras, o les regalaron tierras, y tienen generaciones viviendo allá, tienen una memoria del avasallamiento de los pueblos originarios completamente distinta. Sin embargo, ese es un elemento que impide que la nación sea realmente una nación, porque hay en eso una escisión, una fisura que hace que los mapuche hablen de los «chilenos» como distintos a ellos mismos. Hay ahí una gran llaga y una memoria desgarrada, dividida, sobre esa llaga. Porque al final las memorias son en general de llagas, de rupturas, que se pueden ver positivamente, como un triunfo, pero un triunfo es la derrota de otro.

¹ «Chileno: *El Mercurio* miente» fue la leyenda recogida en un lienzo que los estudiantes de la Universidad Católica colgaron desde los balcones de la Casa Central, en agosto de 1967, como respuesta a los ataques del diario al movimiento de reforma universitaria en marcha.

La segunda llaga tiene que ver con el mundo de hoy y es la intervención militar contra la Unidad Popular y que se expresa en una memoria oficial que se llama Constitución, que de algún modo es memoria colectiva, parcialmente compartida y parcialmente cuestionada, deslegitimada, desgarrada, dividida. Aquí hay una herida que restaurar, del mismo modo que hay que devolver sus tierras y su nacionalidad al pueblo mapuche, y por lo tanto su identidad y su historia, en formas de estados multinacionales. Aquí también hay que refundar la república, porque está constituida a partir de una llaga fundante que me hace decir «esos que están allá fueron unos asesinos» y los que está allá digan «fue necesario hacerlo». Se trata de un problema que los países han tendido a resolver en parte con las comisiones de verdad y justicia, pero sobre todo con procesos constituyentes, y que en general tienen una declaración de rechazo a la situación anterior. El caso más ejemplar es la Constitución italiana, con su visión antifascista.

La tercera llaga es más compleja porque hay una memoria oficial, compartida, que la niega: es que este país se constituye como tal a partir de la destrucción de otros. Y si pensamos en la humanidad, en los pueblos, o más particularmente en América Latina, la memoria que tiene Bolivia de la Guerra del Pacífico y sus relaciones con Chile no tiene nada que ver con la memoria que tiene Chile y que aquí se ha impuesto. Para ellos, con razón, hubo un despojo. Esta memoria en Chile se basa en tres falsificaciones: una, que los tratados no se revisan, cuando es de la esencia de un tratado el que pueda revisarse; la otra que no hay problemas pendientes con Bolivia, como si los problemas entre dos solo los definiera uno y, tercero, que si hay problemas, o sea, contradictorio con lo anterior, es un asunto bilateral, cuando todos sabemos que es imposible resolverlo bilateralmente. A mi juicio, esto es un tema ético-histórico, nacional-histórico, de carácter fundamental: estamos en un país construido sobre la base de la destrucción de otro, de la condena de otro a la pobreza y el aislamiento. De modo que cuando uno piensa en el futuro, cuando uno piensa en la integración latinoamericana, porque los procesos de globalización no van a poder hacerse individualmente, uno piensa:

no nos sigamos mintiendo, no va a haber integración latinoamericana mientras no cambie la memoria oficial de Chile respecto al caso de Bolivia.

Así, como país, como proceso de construcción de una memoria compartida que permita enfrentar el futuro, tenemos tres grandes llagas frente a las que nos hemos escabullido construyendo memorias segmentadas y desgarradas o adaptativas y acomodaticias. Es tarea de las actuales generaciones, y cuando digo actuales digo las mayores y las más jóvenes, elaborar, a través de distintos procesos fundacionales en estos tres campos, una memoria de país que supere nuestras llagas.

RESPUESTAS A PREGUNTAS DEL PÚBLICO

Manuel Antonio Garretón: No sé mucho como contestar las preguntas. Digamos que son muy buenas y entiendo que no son preguntas retóricas, se basan en un cierto intento de comprensión de las cosas. Voy a ir por la más fácil, para partir. Los hechos de violencia antes del 73 y después del 73 sí están en la memoria de muchos actores. Yo diría que forman parte de una memoria colectiva-compartida, pero desgarrada, es decir, hay recuerdos y memoria de lo sucedido antes del 73. Yo no los llamaría hechos de violencia, otros los llaman hechos de violencia. Yo llamaría hechos de violencia a lo que hacía Patria y Libertad; no llamaría hechos de violencia a las tomas de fundos, pues las interpreto de otra manera. En ese sentido, mi impresión es que no hay que confundir memoria vencedora con memoria de los vencedores. No sé quiénes son los vencedores de lo que se llama la transición chilena; básicamente es la gente que estaba contra la dictadura, pero también resultaron vencedores los que pudieron enriquecerse enormemente y mantener sus sistemas de dominación. Pero uno puede decir que al final, por lo menos hoy, si hay una memoria vencedora (yo diría parcialmente vencedora), esa es la memoria de que aquí hubo crímenes insostenibles. Quienes dicen lo contrario son minoritarios y son vencidos, a la Pérez de Arce. Es evidente: Pérez de Arce puede haber sido un vencedor en la medida que se preservó la Constitución de 1980 y todo lo que

ustedes quieran, pero nadie diría que la memoria de Pérez de Arce sobre lo que fue la dictadura es la memoria vencedora hoy día en Chile. Por supuesto, creo que distinguir entre memoria vencedora o ideas vencedoras, de los vencedores o actores vencedores, es muy importante. No siempre las ideas dominantes de una época son las ideas de la clase dominante, porque en Chile, la idea que se hizo dominante en Chile en los años 80 fue el tema de los derechos humanos y por eso se terminó con la dictadura, por supuesto al lado de otra idea que se imponía y pertenecía a los sectores dominantes que era la ideología de mercado. Si las ideas dominantes hubieran sido las de las clases dominantes, es decir, «lo mejor para salvar el país era la dictadura», no se habría terminado con ella. Las ideas dominantes las pusieron, en este caso, la Iglesia Católica, las luchas de resistencia, los movimientos de derechos humanos, los movimientos de familiares de desaparecidos, etc. Eso se hizo dominante. Hoy día se está haciendo dominante la idea de la diversidad sexual y de la legitimidad de las diversas orientaciones sexuales y estamos *ad portas*, en algunos años más, del matrimonio homosexual. ¿Esas son las ideas de la clase dominante? Mi impresión es que hay que distinguir entre girones de memoria vencedora, memorias parciales vencedoras, memorias vencidas. En el caso del pueblo mapuche estamos claramente en presencia de una memoria vencida. La memoria, perdóneme que lo diga así, de los crímenes cometidos en la Guerra del Pacífico es una memoria derrotada, y la memoria vencedora y compartida casi completamente es la memoria oficial: que las guerras son legítimas, que se ganó legítimamente una guerra, que después hubo un tratado de paz, que el tratado de paz fue consentido voluntariamente. La memoria contraria a estas afirmaciones fue avasallada. Y ahí entonces uno diría que estamos en presencia de una memoria vencedora oficial sin grietas; en otros casos, las memorias vencedoras presentan grietas y no corresponden necesariamente a los vencedores, corresponden a algunos vencedores. Hay que complicar este tipo de análisis. Eso, en parte, tiene que ver con el tema del interés.

El interés, ¿qué podría ser? ¿Cómo lo podríamos definir aquí, en este universo que estamos utilizando, o sea, en el campo de la

memoria? El interés sería un acto consciente o inconsciente de intervención en la memoria, porque no necesariamente al luchar por algo tengo muy clara consciencia de mis intereses. Y, sin embargo, intervengo la memoria a partir de un interés. En ese sentido lo que uno podría hacer si quiere trabajar en esa línea, sería pensar en intereses explícitos e intereses latentes en la construcción de memoria. En ese sentido, mi impresión es que el interés explícito se revela en los componentes de memoria y el interés latente se revela fundamentalmente en los componentes de olvido. Estoy pensando en voz alta, en forma tentativa, pero simplemente por respeto a las preguntas trato de hacer alguna elaboración sobre eso.

Y respecto a la primera pregunta, nada en sí mismo es garante de nada. Una economía sólida no es garante de que no haya conflicto; más bien, lo que uno recuerda, es que las grandes luchas se hacen en los momentos en que se trata de repartir una parte de la torta, porque hay torta. Y en eso vuelvo a Marx, que fue muy claro: en los momentos de grandes miserias las posibilidades revolucionarias son mínimas. Entonces, una economía en crisis no garantiza una revolución; una economía sólida no garantiza la estabilidad política; una democracia no garantiza la solución de los problemas de muchos sectores sociales; la lucha contra el patriarcado, y por una sociedad igualitaria en materia de género, no asegura una sociedad de igualdad en materia socioeconómica. No hay tal utopía en la que a partir de un momento, o superado un determinado problema de la sociedad, se solucionan todos los otros y se alcanza la sociedad y la felicidad buscada. Y por lo tanto la memoria no garantiza nada. Entendamos la famosa reflexión de Vargas Llosa frente al Museo del Holocausto. Él dice que nos hemos olvidado de lo esencial: luchamos contra la injusticia, damos una batalla que no tiene triunfo posible, luchamos contra la injusticia no para derrotarla, sino que para que ella no nos destruya. Entonces, en ese sentido, la memoria forma parte de la construcción de una sociedad que comparte valores y principios determinados y que deja un enorme espacio a las memorias particulares que no dañan ese núcleo ético. La construcción de ese núcleo ético es fundamental, y ahí el enemigo del núcleo ético son

tanto las posiciones éticas antagónicas, como las indiferencias, que se expresan muchas veces a través de las redes como Facebook y Twitter. Por ejemplo, el núcleo ético de la democracia es el acuerdo consciente, expresado en instituciones, de vivir juntos para respetar las diferencias y desarrollar todos los sujetos individuales y colectivos y eso se opone a la idea de una ciudadanía reducida a la pura comunicación, como fin en sí misma, anónimamente y sin responder por lo dicho. Estas tecnologías son un gran avance en la medida que se pongan al servicio de algo que las trascienda. Pero no garantizan la existencia de instituciones. La existencia de instituciones no garantiza el desarrollo de las libertades, no lo garantiza, lo posibilita. Entonces, uno podría decir que no hay posibilidad de desarrollo humano sin la construcción, la elaboración, el papel «performativo» de la memoria en la construcción de un núcleo ético a partir del recuerdo de lo que hemos sido, de lo que hemos hecho. Pero eso está siempre en conflicto, afortunadamente, porque entonces así descubrimos que ciertas cosas que no estaban en nuestra memoria o núcleo ético ahora las vamos a incorporar. En la lucha contra la dictadura no estaba el tema de la diversidad sexual, no estaba el tema mapuche; estaban subordinados a la lucha contra la dictadura. Llegada la democracia imperfecta que se tiene, aparecen estas otras cosas que combaten la memoria oficial, no por los contenidos de esa memoria oficial, sino porque aportan otras memorias, que se están incorporando. Entonces hay en eso una permanente inestabilidad y al mismo tiempo una cuestión que es fundamental, la capacidad de cristalización en instituciones de esos núcleos éticos. O sea, es mucho mejor que haya una ley, una institución contra la discriminación, a que no la haya, porque antes que la hubiera se cometían crímenes como el de Zamudio. Ahora, las instituciones no garantizan que no se van a producir, pero evidentemente facilitan que no se produzcan.